

FEIJOO, Benito Jerónimo. *Obras completas*, III, *Cartas eruditas y curiosas*, II. Ed. de Inmaculada Urzainqui, Eduardo San José Vázquez y Rodrigo Olay Valdés. Oviedo: Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII/Ayuntamiento de Oviedo/KRK, 2018, 665 pp.

El Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII acaba de publicar recientemente el segundo tomo de las *Cartas eruditas y curiosas* de Benito Jerónimo Feijoo, tercero en la serie de las obras completas del beneditino que José Miguel Caso González proyectó hace ya más de tres décadas cuando en 1981 reunió, junto con Silverio Cerra, la bibliografía de y sobre Feijoo hasta la fecha. La empresa fue retomada bajo la dirección de Inmaculada Urzainqui y se materializó en el primer volumen de las CEC, segundo de las completas, que vio la luz en 2014 y al que la especialista feijoniana dotó de un espléndido estudio introductorio que recoge las claves para comprender la figura y obra del Padre Maestro.

La edición que aquí nos ocupa corre a cargo de Inmaculada Urzainqui, Eduardo San José Vázquez y Rodrigo Olay Valdés, quienes se basan en la príncipe del tomo segundo de las CEC (Madrid: Imprenta de los Herederos de Francisco de Hierro, 1745), cotejada con las dos ediciones conjuntas más representativas: la impulsada por Campomanes (Madrid: Compañía de Impresores y Libreros del Reino, 1765) y la promovida por los monjes de Samos (Madrid: Blas Román, 1781), lo que ha permitido enmendar las erratas halladas en la fuente principal. Asimismo, se ha decidido actualizar la ortografía

y la puntuación, siempre fieles al texto originario y a su estructura, que respeta la disposición interna de las cartas en capítulos y párrafos.

El volumen cuenta además con la colaboración de Pedro Álvarez de Miranda, del recientemente fallecido Silverio Cerra Suárez y de los compañeros de la Universidad de Oviedo Emilio Martínez Mata y Jorge Ordaz Gargallo. El trabajo de todos ellos, editores y colaboradores, expertos cada uno en sus respectivos campos, se ve reflejado no solo en la impecabilidad ortotipográfica y textual del mismo, sino también en su rigor académico, como prueban los detallados glosarios léxico y onomástico, las selectas ilustraciones y el completo aparato bibliográfico que lo cierra, pero fundamentalmente las más de cien notas al pie que página tras página ayudan al lector a navegar por el pensamiento feijoniano. Cabe destacar aquellas en las que la anotación misma constituye en sí todo un ejercicio investigador: el reconocimiento de los corresponsales reales, como Francisco M.^a Pico, duque de la Mirandola (cartas XXIII y XXIV), presente en uno de los paratextos, y el ilustrado alavés Tiburcio de Aguirre (cartas IX, XII y XX), o supuestos, como Pedro Peralta Barnuevo o José Pardo de Figueroa (carta XIX), que se esconden tras algunas de las misivas, así como de la relación mantenida tanto con ellos como con sus aprobantes; la aportación de algún mínimo dato sobre la identidad de las numerosas personalidades que, completamente desconocidas en muchos casos, son aludidas en sus epístolas; la identificación de expresiones tomadas de otras fuentes cuyo origen no cita o

cuyo contenido adapta libremente a su propósito; y la enmarcación de los temas tratados dentro de la propia obra del benedictino, con referencias a otros pasajes suyos y de sus impugnadores, y dentro del mismo contexto de la Ilustración.

Respecto al contenido de este segundo tomo, alberga algunos de los escritos más notables y comentados del monje, tales son «La elocuencia es naturaleza y no arte» (VI) o «De la crítica» (XVIII); también otros tan curiosos como el «Origen de la costumbre de brindar» (XIV), el que recoge la leyenda «Del judío errante» (XXV) y «¿Si hay otros mundos?» (XXVI), donde cuestiona la existencia de vida extraterrestre. A ellos se le suman cartas sobre sus intereses recurrentes que, por tanto, mantienen continuo diálogo con el *Teatro crítico*: la medicina –el «Uso más honesto de la arte obstetricia» (XVII) en este caso y las propiedades curativas de la piedra de la serpiente (IX)–; la física –es notable su interés por cuestiones ópticas como la «Dimensión geométrica de la luz» (III y IV)– y la química, ya sea en su dimensión teórica– «Sobre la combustibilidad del amianto» (XII)–, ya en la práctica –«Remedio preservativo de los vinos fácilmente corruptibles» (XX)–, y otras ciencias naturales, como el clima –«Causa del frío en los montes muy altos» (X)– y la oceanografía –«Si se va disminuyendo o no el agua del mar» (XV)–; pero también sus reflexiones sobre la justicia en «Reforma de los abusos» (I) o sobre el problema de España –«Causas del atraso que se produce en España en orden a las ciencias naturales» (XVI)–; sus polémicas disertaciones filosóficas en plena contienda contra

la escolástica –«Sobre Raimundo Lulio» (XIII), en el que responde a los padres Tronchón y Torreblanca; «Sobre los sistemas filosóficos» (XXIII); «Satisfacción a un reparo histórico-filosófico» (XXIV), que no es otro que comprobar si Bacon fue el primero en discutir la filosofía aristotélica; «Sobre algunos puntos de teología moral» (XXVII)–, y literarias, tema dentro del cual va desde el tono más poético-animoso en las cartas sobre la menagiana (VII y VIII) hasta la pluma más incisiva para defenderse de sus detractores y condenar la actitud envidiosa dentro de la República de las Letras en «Autores envidiados y envidiosos» (V). También hallamos uno de sus textos de tema americano, la reseña del *Arte nuevo del Beneficio de la Plata* de Lorenzo Felipe de la Torre Barrio y Lima (XIX), en la que alaba la aportación de los inventores a la prosperidad de la patria, infinitamente superior a la de los conquistadores, que solamente trajeron sangre y avaricia.

Asimismo, nos encontramos en este tomo con un grueso importante de cartas que protagonizan su acérrimo y largo combate contra los supuestos milagros: la explicación física que da al crucifijo que golpeaba la campana en la catedral de Lugo (II); sobre la conveniencia de la credulidad o incredulidad en el «Examen de milagros» (XI); «Nuevas noticias en orden al caso fabuloso del Obispo de Jaén» (XXI), que había viajado hasta Roma a lomos de un demonio; «Sobre el embuste de la niña de Arellano» (XXII), de una fuerza extraordinaria, y uno de los escritos más significativos de este tomo, a saber, «Hecho y derecho en la famosa cuestión de las flores de San Luis del

Monte» (XXIX). En esta carta, que a diferencia de las demás no está dirigida a un destinatario concreto, sino al público en general y que además se publicó como un largo opúsculo –de ahí la numeración entre corchetes–, Feijoo, a instancias del obispo ovetense Juan Avello, examina exhaustivamente el supuesto milagro por el cual dentro de la ermita franciscana de San Luis del Monte, localizada en el concejo asturiano de Cangas de Tineo, hoy del Narcea, nacían unas diminutas flores blancas con motivo de su festividad. Ya había el erudito desenmascarado este prodigio en la trigésima carta del primer tomo (1742), en la que respondía a la consulta de un paisano de la zona, D. Juan Pérez Román, que le había llegado a través de Diego de la Gándara Velarde, uno de sus amigos de Oviedo. En ese momento comenzó su enemistad con los franciscanos, que se vio fraguada en las *Reflexiones*

crítico-apologéticas (1748-1749) de Francisco de Soto y Marne. Volvió Feijoo al asunto en la *Justa repulsa de inicuas acusaciones* (1749), hasta que la R. O. de 1750 por la que se prohibía impugnar al Padre Maestro zanjó la cuestión al impedir que el cronista oficial de la orden franciscana publicara el tercer tomo de su obra, ya en imprenta.

En definitiva, este segundo volumen de las *Cartas eruditas y curiosas* se sitúa en la estela de sus antecesores en las obras completas y, dado que es la primera vez que, desde 1784 –fecha de la sexta edición conjunta (Pamplona: Imprenta de Benito Coscolluela, 1784-1787)–, se edita crítica e íntegramente el texto, cuyo rigor académico es además sobresaliente, se convierte en la edición de referencia para los estudios dieciochistas.

María FERNÁNDEZ ABRIL